

También ella frecuentó nuestra casa, la casa de los Lapesa. Recuerdo con qué apasionamiento nos insistía en lo inadecuado de llamar a la fiesta que une a España con los pueblos de la América hispana «Fiesta de la Raza»: «¡No debería llamarse de la raza, sino de la lengua, pues es la lengua nuestro verdadero vínculo!»

El principio de la guerra civil debió de sorprenderla en Asturias, y desde allí, creo, marchó de España. No volví a saber de ella directamente, sino por sus obras, no sólo las literarias: según consta en *Tala*, donó la primera edición de este libro para atender a la repatriación de los niños españoles a sus hogares al finalizar nuestra guerra.

Veamos ahora el poema:

*Os traigo en voz cansada, repecho de montaña
andina, la que deja quemadas las entrañas,
y mexicana luz en el ojo agrandado
de maravilla sobre mi Anahuac dorado.*

*Hombres que trabajáis con el verso y la prosa
cual trabaja el silencio en la profunda rosa
y mis mineros en el cobre apasionado,
tengo una gracia para estar a vuestro lado:*

*He enseñado a leer a gente americana,
amasando verdad en lengua castellana.
Dije mi Garcilaso y mi Santa Teresa,
sacando de Castilla la norma de belleza.*

*Y he dicho al descastado que destiñe lo nuestro
que en español es más profundo el Padre Nuestro.
Pero eso fue faena fácil de criatura:
carrera de venado por la propia llanura.*

*No ha sido hazaña amar el habla de Castilla,
para que yo reciba siesta de maravilla
partiendo vuestro pan de miga generosa,
gozando vuestra fruta como la azteca diosa.*

*Ronda de amigos ciñeme en un cinturón fresco;
no tengo que contarles cuento miliunachesco,
sino este de mi América cual Gengis Kan lejana,
que cuando se despierta tiene la cotidiana
invitación del Norte, ¡y que se acuesta hispana!*

*Sigue hispana mi América, que mira indiferente
vaciar los navíos sobre su continente,
porque en la carne derramada por sus villas
continuará cuajando inéditas Castillas;
hispana por su aliento puro de pestilencia
de fèria, y porque es lenta, cargada de conciencia.*

*Yo traigo hacia vosotros los atentos sentidos,
el ojo mira lento; el empinado oído
escucha, y, como nunca, son vivas las potencias
que van palpando España, graves de reverencia.*

*Yo vi los olivares hondos de Valldemosa
poner meditación en la mar jubilosa,
y entendí que es la norma de vosotros la mía:
platearnos la dicha con la melancolía.*

*Y cruzando Castilla la miré tajeada
de sed como mi lengua, como la volteadura
de mis entrañas era su ancha desolladura.
Soy vuestra, y ardo dentro la España apasionada
como el diente en el rojo millón de la granada.*

* * *

*Os fue dada por Dios una virtud tremenda
el ganar el botín y abandonar la tienda:
perder supieron sólo España y Jesucristo,
y el mundo todavía no aprende lo que ha visto.*

*Sobre la tierra dura yo os amo, perdedores,
que nos miráis con limpios ojos perdonadores.
¡Qué dignas son las manos en desposeimiento!
¡Qué tranquilo costado sin épico erguimiento!*

*Serenos escucháis en la gruta ceñida
del corazón, caer la gota de la vida.
En esta hora espesa de los violentadores,
fétida de codicia, yo amo a los perdedores.*

* * *

*Palabra de mujer dijo de mi excelencia,
garganta vasca donde conozco mi ascendencia.
Yo alabo, respondiendo, la anchura de su casa,
que tiene el buen calor de la profunda brasa,
la luz para gozar la cara de la amiga
y el gran silencio para que duerma la fatiga.
Su casa es la virtud del aceite precioso,
potente por la esencia y al tacto bondadoso.
La dueña abrió la casa sin preguntarme nada:
¡como el aceite, que es la piedad, sea loada!*

Gabriela MISTRAL

«Salutación» es un largo, hermoso poema de 65 versos alejandrinos distribuidos en pareados de rima consonante. Los pareados se agrupan de dos en dos, constituyendo unidades de sentido a modo de estrofas. En dos ocasiones son tres los pareados que forman unidad. Otros dos grupos constan de cinco versos. Como se ve, la autora antepone el sentido al rigor de la disposición estrófica.

¿Pensó Gabriela Mistral en la «Salutación del optimista», de Rubén Darío? Es posible que no fuese ella, sino el editor de *Nubes blancas*, quien diese el nombre de «Salutación» a la poesía que intento sacar del olvido. Pero no sólo hay parentesco en los títulos, sino en contraponer las excelencias de lo hispano frente a lo anglosajón. Rubén canta como una marcha triunfal las virtudes tradicionales que legó España a América y anuncia el renovado empuje de antiguas energías. Gabriela Mistral, en tonos graves, como de letanía, pone de relieve valores espirituales, oponiéndolos al materialismo anglosajón. Así la postura del vencedor ante el vencido, la renuncia al botín, el elogio de la lengua, muy reiteradamente.

En efecto, el tema de la lengua es preocupación suya desde el comienzo del poema: nos dice que el título, la gracia para dirigirse a los escritores españoles, a los «hombres / que trabajáis con el verso y la prosa», es justamente el haber «enseñado a leer a gente americana, / amasando verdad en lengua castellana, / ... sacando de Castilla la norma de belleza». Líneas más adelante encontramos el supremo elogio: «que en español es más profundo el Padre Nuestro».

Va marcando diferencias —y virtudes—. Sigue hispana la América de Gabriela «que cuando se despierta tiene la cotidiana / invitación del Norte, ¡y que se acuesta hispana!». Nos dice cómo esta América, libre de codicia, de mercantilismo, es «hispana por su aliento puro de pestilencia / de feria». Va añadiendo notas de acercamiento a España, personales, de su sentir. En la bella descripción de Valldemosa «Yo vi los olivares hondos de Valldemosa / poner meditación en la mar jubilosa, / y entendí que es la norma de vosotros la mía: / platearnos la dicha con la melancolía», asocia esta impresión visual al sentir de los españoles, a la norma de vida común a ellos y a la autora.

Cuando atraviesa Castilla, la ve «tajeada / de sed como mi lengua; como la volteadura / de mis entrañas era su ancha desolladura. / Soy vuestra, y ardo dentro la España apasionada...». Esta visión dolorida, trágica, de Castilla es bien española, afín a la de nuestros escritores de la generación del 98, con quienes Gabriela Mistral tiene indudables afinidades. Siente como virtud el aceptar perder: «perder supieron sólo España y Jesucristo», y termina «en esta hora espesa de los violentadores, / fétida de codicia, yo amo a los perdedores».

¿Quiénes serán estos perdedores? ¿Aludirá a nuestros escritores de aquella generación, tan doloridos a causa de que la España peninsular perdiera aquella entrañable España americana?...

La composición tiene como remate el elogio a María de Maeztu, directora de la residencia donde se alojaba Gabriela. Recuerda la ascendencia vasca de las dos y pondera la acogida que le dispensó en la residencia: «la anchura de su casa / que tiene el buen calor de la profunda brasa, / la luz para gozar la cara de la amiga / y el gran silencio para que duerma la fatiga».

En homenaje a Gabriela Mistral he intentado sacar del olvido «Salutación», poema que estimo de indudable interés y belleza.—*PILAR LAGO DE LAPESA (Ministro Ibáñez Martín, 3. MADRID).*

LA CLARIDAD SOBRE CARLOS EDMUNDO DE ORY

Hay obras que por su sola irradiación suelen desplazar la que también emana del hombre que llegó a plasmarlas. Antepuestas a su presencia, no es infrecuente que magnetizen de tal manera que el mismo creador de ellas quede relegado a una penumbra más o menos densa. Rincón del que poco a poco se desprenden mitos o leyendas. Proceso que dichos hacedores favorecen voluntaria o involuntariamente al balbucear, a veces, que apenas si son los intérpretes de un impulso que dimana de un misterio que lo es para ellos mismos. Bajo ese designio, el contorno de lo humano puede sufrir desfiguraciones en no importa qué sentido. Sin embargo, tengo por fundamental la conservación de la talla exacta del ser humano. En tanto entidad viva, el hombre importa. Por ello es prudente, asimismo, que de algún modo se abocete el perfil justo de esa silueta. Cuanto más preciso sea ese trazo, cuanto más calibrada sea la posición del individuo respecto al universo que lo contiene, mayor ha de ser la dimensión real que haya alcanzado ese destino.

Ademanos, gestos, una simple mirada o una reacción cotidiana, una anécdota al parecer superflua, aisladamente o en conjunto, pueden descubrir lo más oculto y decisivo de un rostro.

Carlos Edmundo de Ory ha dejado pistas personales a lo largo de casi toda la profusión de su obra literaria. Por ende, quienes se aventuren en ella, rastreando esas huellas, es dable que algún día reconstruyan su imagen más trémula y conmovedora.